

**Revista de Filosofía, N° 29, 1998-2, pp. 77-96**

## **Lo posmoderno en filosofía: claves de una recepción y puesta al día**

**Postmodernity in philosophy: keys to reception and updating**

*Claudia Yarza*  
*Universidad Nacional de Cuyo*  
*Mendoza-Argentina*

### **Resumen**

Instalado el debate sobre posmodernidad, se abordan las consecuencias de ese fenómeno en el campo teórico en América Latina. Primero, se subrayan las raíces extrateóricas de lo posmoderno más allá de la formación de modas intelectuales. Además, lo posmoderno es ambiguo en lo social-cultural ya que admite ser leído también como funcional a una relegitimación de desigualdades estructurales, debido a la índole de la modernización impulsada en la región (autoritaria, sin democratización real). Una tematización diferencial del fenómeno emerge entonces como necesidad, y se observa la recuperación heurística de determinadas categorías, que a despecho de un estereotipo de talante posmoderno, sirven aún para pensar la contemporaneidad.

**Palabras clave:** Filosofía contemporánea, posmodernidad, condición socio-cultural, modernización en América Latina

### **Abstract**

After a debate on postmodernity, this article approaches the consequences of this phenomenon in the theoretical field in Latinamerica. In the first place, postmodern extra-theoretical roots are pointed out which take us beyond the formation of intellectual modes. Furthermore, postmodernism becomes socio-culturally ambi-

guous, since it may also be interpreted as in function of a re-legitimation of structural inequalities, due to the kind of modernization carried out in the region (authoritarian without true democratization). A differential thematization of this phenomenon emerges thus phenomenon out of necessity, and a heuristic recovery of certain categories, which in deference to the postmodern mood stereotype, may still serve contemporary thought.

**Key words:** Contemporary philosophy, postmodernity, socio-cultural conditions, modernization in Latinamerica.

«...la descripción de la extinción o del desfallecimiento no nos proporciona un hilo conductor. Por esta razón, bajo la palabra *posmodernidad* pueden encontrarse agrupadas las perspectivas más opuestas. Me limito a indicar por medio de estas pocas observaciones la dirección antimitológizante en la que, según creo, deberemos “elaborar” la pérdida del nosotros moderno» (Lyotard, J-F. *La posmodernidad (explicada a los niños)*).

Pasados ya algunos años desde la instalación de la polémica sobre la cuestión posmoderna, y a medida que la discusión se imbrica con los discursos de las disciplinas y las subculturas intelectuales en América Latina, las aporías iniciales y la complejidad de la problemática son sorteadas en beneficio de una especie de absorción que logra funcionar -si no a nivel de presupuestos teóricos- como consenso mínimo sobre el “estado de cosas” en relación con las nuevas condiciones de la existencia. Así, el carácter abrupto con que era introducida la cuestión en los expedientes teóricos de las ciencias sociales ha cedido el paso a una actitud de señalamiento de efectos, escisiones, contradicciones, aspectos que al fin no se dejan colocar bajo el *telos* de una univocidad conceptual.

Ahora bien, no obstante presentarse actualmente la cuestión en estos términos, sugerimos que se trata más de una dinámica propiamente anclada en las raíces extrateóricas del fenómeno que a las apropiaciones hechas desde el terreno artístico o intelectual de nuestras sociedades; esto es, la “posmodernización” en lo social-cultural se cumple en América Latina aun cuando en el plano teórico no se alcance a constituir un consenso sobre sus caracteres y consecuencias.

Es posible reseñar algunos momentos por los que ha ido atravesando esta polémica, para poner de manifiesto las consecuencias que sobre el campo teórico-filosófico han determinado los distintos ejes de reflexión, líneas que señalarían la puesta al día del pensamiento sobre nuestra contemporaneidad.

## 1.

Desde que Lyotard caracterizó de “posmoderna” la situación en la cual ya no es pertinente pretender juzgar a un juego de lenguaje a partir de otro, el recurso a la crítica en sentido fuerte cae fuera de las condiciones de posibilidad del juego de lenguaje filosófico; en otras palabras, se trata de una complejización del propio horizonte del discurso de legitimación, en el que éste se anula a sí mismo. A este fenómeno de “muerte de los metarrelatos”, especialmente de aquéllos donde todos los demás relatos (la ciencia, el derecho) son referidos a una épica emancipatoria que narraba la marcha de la humanidad hacia el progreso y la libertad, corresponde la posmodernidad en lo socio-cultural<sup>1</sup>.

Y a esta situación relacionada con la delimitación de funciones pragmáticas de los lenguajes, que acaban apuntando una serie de consecuencias sobre la experiencia social y cotidiana, se agregó posteriormente toda una tematización sobre las relaciones entre posmodernidad y nuevas condiciones de existencia, tanto en lo social como en los respectivos campos teóricos.

En el terreno filosófico estos desplazamientos han ido constituyendo una especie de punto de partida irrebalsable (esto es, en cuanto a las reglas formales del “campo”). En primer lugar, el desfundamiento provocado por las sucesivas crisis de los conceptos de razón, sujeto y verdad desde lo epistemológico, afecta seriamente las actuales condiciones de producción filosófica, llevando a que se establezca una estrecha relación entre posmodernidad y fin de la teoría en sentido fuerte. En otras palabras, es el quiebre de las condiciones de posibilidad en que la filosofía se colocó durante la modernidad: el quiebre de la noción de fundamento. Este fenómeno teórico ha influido en la dificultad para pensar lo posmoderno, ya que -invalidado el acceso a categorías “fundantes” (verdad, historicidad, dialéctica, racionalidad, sujeto)- el pensar se retrae a una *descriptiva* de elementos culturales, sociales e ideológicos, lo que al cabo repercute como impotencia para reflexionar acerca de su continuidad y discontinuidad con respecto al pensamiento moderno.

Esta es otra forma de conceptualizar el mismo fenómeno al que Lyotard denomina como “muerte de los metarrelatos”; esta inviabilidad del recurso a la crítica (más estrictamente a la crítica en sentido moderno) es expresión de una agudización de la propia “deriva” posthegeliana de la filosofía, por la cual una suerte de paradójal “dialéctica del iluminismo” despoja a la propia crítica de su horizonte de fundamentación (deriva recorrida desde la primera reacción positivista hasta el con-

1 Cfr. LYOTARD, Jean-François. *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*. Rei, Buenos Aires, 1989.

textualismo actual, pasando por la fenomenología, el psicoanálisis, el posestructuralismo, etc.). Movimiento desfundamentador en la filosofía que es correlato de un movimiento similar en ciencia; desde la denominada “crisis de la razón” hasta las líneas posmodernas, las corrientes epistemológicas abandonan el *pathos* normativo para internarse exclusivamente en los protocolos internos a cada práctica concreta de investigación científica.

## 2.

Dicho esto sobre el *status* del pensamiento, la filosofía intentó asimismo conceptualizar en términos de contenidos positivos a la época posmoderna, en el marco de una nueva condición de la existencia (particularmente en los desarrollos en los que el legado de Nietzsche y Heidegger es explícitamente apropiado)<sup>2</sup>.

Por una parte, la elaboración nietzscheana sobre el nihilismo como el proceso de autosupresión del valor de la verdad (la “muerte de Dios”) y el carácter violento e interpretativo de la voluntad de poder, configuran un cuadro ontológico más bien disolutivo que pone a la metafísica occidental ante su propio devenir y en ese mismo acto, la consume. Por otra parte, la crítica de Heidegger a una metafísica reconvertida en humanismo y dominación tecnológica, da lugar a una comprensión del hombre como arrojado en un destino cuyo carácter eminentemente “lingüístico” refuta finalmente el horizonte subjetivista/racional de la modernidad. Estos temas confluyen en el señalamiento de un efectivo acontecimiento: el cumplimiento y final de la metafísica occidental bajo una forma que no implica la teleología de la *Aufhebung*; la posmodernidad por eso no supera a la modernidad, sino que instala su cumplimiento y distorsión sin borrar los caracteres metafísicos<sup>3</sup>.

Es importante destacar la confluencia primero por parte del posestructuralismo (por ejemplo, Derrida, Deleuze, Foucault) y luego por los autores posmodernos (Lyotard, Vattimo), al presentar el *status* de estas cuestiones en clave ontológica;

- 2 Remitimos para este desarrollo a FOLLARI, Roberto, *Modernidad y posmodernidad: una óptica desde América Latina*. Rei, Buenos Aires, 1990; cfr. asimismo VATTIMO, Gianni, *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*. Gedisa, Barcelona, 1987.
- 3 Aquí el adjetivo “metafísico” no alude a una determinada “disciplina” filosófica, sino más bien a una especie de destino que domina el modo de ser del mundo occidental; acepción que por lo tanto se halla en relación con la recepción del pensamiento heideggeriano por la filosofía contemporánea. Dentro de los términos de esta recepción, los contenidos adscriptos a la metafísica pueden asimismo ser subsumidos por otras elaboraciones como las de logocentrismo u onto-teo-logía en sentido amplio.

no se trataba ya sólo de abordar cuestiones teóricas, antropológicas, sociológicas, lingüísticas, sociolingüísticas, etc. Al mentarse las condiciones de la existencia, se introduce de hecho una consideración sobre la forma de la experiencia de la realidad misma, y ello en términos que rebasan ampliamente el talante epistemológico con el que se presentó el fenómeno teórico (circunscripto inicialmente al programa “crisis de la razón/crisis de la representación”). De modo que el *pathos* filosófico de la época también presenta una suerte de superación de las posiciones reductivas a que llevó un positivismo absolutamente cerrado a la reflexión sobre la existencia. Así, la cuestión sobre el final de la metafísica no se trata del descubrimiento de que la metafísica es superflua (como por ejemplo lo postula Richard Rorty), lo que antes bien parece ser una conclusión post-positivista y que bien puede augurarse seguiría sobre la línea de transformarse en una nueva metafísica (humanista, vitalista o naturalista) por limitarse a sustituir el “ser verdadero” por aquel que la crítica, de Nietzsche o de Marcuse, ha demostrado falso. Hoy hay corrientes filosóficas que unen a la crítica de la metafísica un replanteamiento del sentido del ser: en este sentido hemos interpretado desarrollos tan dispares como los de la hermenéutica (por ejemplo en Vattimo) y la desconstrucción derrideana, ya que acaban girando alrededor de una suerte de “pensamiento de la diferencia”, aludiendo al carácter desfundado del ser en la época de consumación de la metafísica occidental<sup>4</sup>.

### 3.

En este marco, una precisión importante es resaltar que la relación del eje modernidad/posmodernidad no corre, como vimos, en el sentido de la simple superación, sino que se da más bien en términos de cumplimiento y “rebasamiento”<sup>5</sup>; así, lo posmoderno no mantiene con lo moderno una relación ni de oposición ni de superación dialéctica. Esto es, la modernidad se consume cuando no hay ya lugar

- 4 Siguiendo a Heidegger, precisamente los caracteres nihilistas con que se expresa el final de la metafísica, llevan a tematizar la falta de fundamento: en la época de la técnica se expresa el último paso en la eliminación de toda diferencia residual entre ser y ente; el ser del ente está totalmente reducido a su instrumentalidad, publicidad, manipulabilidad, etc. Por ejemplo, Derrida parte de esta cuestión para desarrollar la *différance* en el sentido de una radical hiancia en que se hunde el ser respecto de la presencia, anudada ésta a la conciencia, al *logos*, a la representación. Hemos trabajado estos aspectos en un momento previo de este mismo programa de investigación, bajo el título “El pensamiento de la diferencia” (inédito).
- 5 FOLLARI, Roberto. *op. cit.*, p. 44. Remitimos para esta concepción asimismo a VATTIMO, Gianni, *op.cit.*, ; y HEIDEGGER, Martin. *¿Qué significa pensar?* Nova, Buenos Aires, 1964.

para una superación crítica ni una reapropiación del fundamento, a partir del hecho de que éstas están ya “realizadas”<sup>6</sup>.

Se ha señalado que en las nuevas condiciones de la existencia en la sociedad tardomoderna, se dan ambivalentemente fenómenos contradictorios: por una parte, la planetarización de la información y la globalización cultural si bien extienden una especie de condición de homogeneidad, chocan contra una suerte de inviabilidad de toda referencia concreta a la historia, al hombre, al saber, en términos de universalidad, identidad, o progreso indefinido; pero al mismo tiempo, la posmodernidad no acaba por configurar una “nueva” época del ser y por lo tanto los caracteres metafísicos que se “imponen” a nuestra experiencia del mundo, del lenguaje y de la historia están lejos de haber sido suprimidos<sup>7</sup>. Antes bien, la posmodernidad también porta la exacerbación y distorsión del carácter de presencialidad metafísica, presentándose como la anulación de toda distancia crítica y la extensión de una lógica o pauta hegemónica cultural que bajo el aspecto del fragmento y el simulacro, oculta también su carácter de reificación mercantil globalizada de todos los aspectos de la vida social<sup>8</sup>.

Una última precisión: justamente por el riesgo de una peligrosa superposición de las relaciones saber/poder con las posibilidades “internas” al campo del conocimiento, es preciso señalar aún otro motivo que dificulta la comprensión de la épo-

- 6 Por ejemplo, las nociones de sujeto o progreso, han sido expuestas o “realizadas” -entre otras instancias- por el modernismo estético y las vanguardias; también la crisis de la razón denunciaba que estas categorías formaban parte de un proyecto que portaba caracteres fuertes y de una determinada violencia. Por último, la instrumentalidad del ente se realizaría asimismo en el carácter omnímodo de la presencialidad de la imagen, tal como lo describe Baudrillard al aludir a las nuevas formas sociales de extraversión forzada de toda interioridad, lo que daría lugar a una verdadera obscenidad de la transparencia. (Cfr. BAUDRILLARD, Jean. *El otro por sí mismo*, Anagrama, Barcelona, 1988, y más recientemente *El crimen perfecto*, Anagrama, Barcelona, 1996.
- 7 Esto para desechar la apresurada necesidad de identificar “alternativas” o *chances* a la existencia y al pensamiento a partir de presupuestos empíricos de dudosa legitimidad aún en términos disolutivos, como es posible ver en la noción de “pensamiento débil” de VATTIMO, correlativa de la caracterización de la época posmoderna como *chance* de cumplimiento de un nihilismo activo, y por tanto, emancipador (Cfr. *El fin de la modernidad...*, ed. cit.). Así, en su obra *Ética de la interpretación* (Paidós, Buenos Aires, 1992) otorga un talante liberador a la fragmentariedad del mundo de la comunicación de masas, pretendiendo que la condición posmoderna nos alivia del peso de la angustia metafísica.
- 8 Cfr. JAMESON, Fredric. *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Paidós, Buenos Aires, 1992.

ca: el hecho de que bajo una supuesta forma de racionalidad (instrumental, técnica, tecnológica), la ciencia y el conocimiento se inclinen y sean funcionales a una lógica del incremento del poder. Este expediente, que bien podríamos identificar con las intuiciones más brillantes de los filósofos frankfurtianos, necesariamente se halla frente al problema de sortear a duras penas el recurso a los supuestos de la filosofía de la conciencia. No se trata de desmentir el carácter al cabo *performativo* que asume el saber científico-técnico en la actual constelación de ciencia, poder y capital; lo que sí es preciso establecer es si dicho fenómeno se engendra al interior de “la razón”, “la razón moderna” o aún “la razón posmoderna” (como racionalidad propia de la forma de producción de la sociedad posindustrial). Sucede que, si bien es posible y aun urgente identificar fenómenos actuales que implican tanto una alarmante domesticación “técnica” del consumo de masas, como una corrosión “técnica” de la toma de decisiones (en desmedro de su carácter político), también el malestar de la denominada “civilización tecnológica” debe ser encuadrado fuera del equívoco *pathos* antimoderno. Por ello es pertinente traer a colación la negativa posmoderna a buscar un único sistema explicativo para dar cuenta de las lógicas diferenciales del saber, la cultura y la *praxis* social.

En efecto, a partir de la imposibilidad de legitimación de un juego de lenguaje por otro, Lyotard observa que la colonización de la producción científica por criterios de optimización económica pertenece al sistema socioeconómico y no a la pragmática científica misma, pero que al cabo se autolegitima como “mensurable” tanto respecto a la verdad como a la justicia. Son las relaciones sociales que conmueven las tradiciones académicas, pero es una legitimación *de facto* este recurso a la eficacia que opera tanto en la ciencia como en el derecho. La relación entre ciencia y técnica no es inmanente; antes bien, la conjugación “orgánica” entre técnica y riqueza es anterior a su unión con la ciencia<sup>9</sup>. De ello se sigue, en conclusión, que hay una prescindencia de lo específicamente posmoderno en estos fenómenos, ya que la ecuación entre razón, técnica y poder es moderna en su sentido más propio, y en cambio lo posmoderno tendría un talante aún crítico-regulativo, esto es, escéptico con respecto a cualquier mixtificación del saber, y medido pero no derrotista con respecto a la justicia.

#### 4.

Ahora bien, el desarrollo teórico de esta temática alcanzó en la década pasada su punto máximo decayendo en los últimos años hasta advertirse una suerte de es-

9 LYOTARD, Jean-François. *La condición posmoderna*. op. cit.

tancamiento, sobre todo si se relaciona la distinción/articulación entre condición posmoderna y textualidad posmoderna (entendiendo por ésta la producción teórica sobre la posmodernidad). En efecto, de una primera explosión de la literatura sobre el tema "posmodernidad", caracterizada fundamentalmente por la necesidad de advertir la diversidad, heterogeneidad y complejidad de nuestra época con respecto al mundo moderno, se pasa a una descriptiva que acabó agotándose en una peculiar superficialidad: paradójicamente, ésta ocultaría el hecho de que, al tiempo que la textualidad sobre lo posmoderno se ha ido esterilizando, la condición social misma avanza en esta *posmodernización* global. En otras palabras, lo que continúa sustrayéndose a la tematización es la virtual convivencia y yuxtaposición de lo que (en un primer momento) se identificó como lo típicamente posmoderno *junto a* la pervivencia de su contrario: lo pesado y lo liviano, lo trágico y la cultura del simulacro, el deseo y la desublimación represiva, la crítica y el fin de los metarrelatos, la ilusión y la muerte de las utopías.

Por ello, pasados ya los primeros anuncios que preconizaban esta época como última *chance* de una experiencia liberada de los grandes relatos (de la metafísica, la cultura unívoca de las disciplinas, el concepto enfático de razón), se puede constatar que ha dejado de constituir un motivo de celebración la experiencia de estos desplazamientos, ya que siguen imperiosamente presentes instancias de sujeción social e individual que reenvían también a la finitud, a lo trágico que no se "resuelve" en la superficialidad o el talante *cool* de la época.

Habida cuenta de lo expuesto, entendemos que tampoco se trataría de volver solapadamente sobre la intención de "otro cumplimento" de la modernidad, tal como lo pretendiera Habermas<sup>10</sup> al postular que ésta se ha desviado del camino de emancipación iniciado con la Ilustración europea y que por tanto aún cabría la posibilidad de salvaguardar el contenido liberador del proyecto en sí. Por el contrario, ante la mirada desmistificadora de lo posmoderno, la paradójica realización en términos de calculabilidad y tecnificación del mundo, de manipulación y explotación de hombre y naturaleza, se presenta como implícita e inherente al proyecto moderno mismo.

De modo que es menester proponer en lo teórico una inflexión, que permita avanzar hacia un segundo momento del pensar que dé cuenta de las aporías señaladas. No se trata de postular una salida retórica; ya en los últimos años el asunto posmodernidad viene ingresando en otro tipo de tematización. En nuestro contexto latinoamericano, diversos autores han incorporado esta problemática sin el talante

10 HABERMAS, Jürgen. "Modernidad: un proyecto incompleto", en: *El debate modernidad posmodernidad*. Comp. y pról. por Nicolás Casullo. Puntosur, Buenos Aires, 1989.

festivo que la caracterizó hace una década, pero sin ceder en lo absoluto en cuanto a una rigurosa consideración de la pertinencia de la cuestión en nuestra contemporaneidad. Y ello va también a propósito del *status* de la crítica. De hecho, la forma en que se ha consumado (¡aunque no se haya completado!) la modernidad en América Latina implica que ya no es posible seguir pensando en la crítica como un instrumento “a la mano”, junto a otros posibles, y que por un acto de voluntad del sujeto pudiese ser empuñado como arma de conquista. Pero la conceptualización de “acriticidad” con que el primer momento del pensamiento posmoderno se caracterizó, tampoco es una *chance* real para el pensar, como tampoco posee una estricta legitimidad en términos de disolución de la metafísica<sup>11</sup>. Creemos que hablar de “punto de inflexión” tiene sentido en la medida en que no es posible sostener hoy esta sola caracterización de la posmodernidad como máximo descompromiso, superficialidad y narcisismo, porque ello resulta insuficiente si tenemos en cuenta la radical convivencia de estos fenómenos con otros aspectos invisibilizados que quedan sin explicación: por ejemplo, la generalización de los conflictos bélicos, étnicos y sociales con que actualmente se sacude el mundo, dista bastante del talante *cool* con el que se pretendió definir y cerrar nuestra contemporaneidad.

## Puesta al día en América Latina

Instalado ya el debate modernidad/posmodernidad en América Latina, podemos avizorar que la discusión ha servido para arrojar luz sobre las raíces extrateóricas de lo posmoderno en los planos social, cultural e individual, más allá de la formación de movimientos artísticos e intelectuales. Hoy no cabe duda de que la cuestión posmoderna debe presentarse en términos de una lectura diferencial en lo que hace a nuestras sociedades<sup>12</sup>. Y ello necesariamente debido a los caracteres particulares que presenta la *modernidad* latinoamericana; lo posmoderno entonces no se relaciona mecánicamente con, por ejemplo, el traslado de un hastío por el avance de la sociedad de consumo como en los países centrales (no obstante que éste forme parte del imaginario colectivo). Esto es, no sólo aparece lo posmoderno en

11 Con el término *legitimidad* no pretendemos expresar ninguna señal de correspondencia o plausibilidad de la interpretación por encima de las posibilidades abiertas por la propia deriva desfundamentalizadora de la filosofía; en ese sentido preferimos acercarnos a la actitud con que Derrida puso en juego la desconstrucción: una rigurosa tematización que no por eso toma a los textos como más homogéneos ni más continuos que cualquier otra fijación del sentido.

12 Cfr. a este respecto FOLLARI, Roberto. *Posmodernidad, filosofía y crisis política*. Rei, Buenos Aires, 1993.

América Latina, en sociedades donde la modernización no se ha cumplido o donde aún hay rasgos premodernos dominantes; los efectos de la posmodernidad como el extremo individualismo, la falta de proyectualidad, el desencanto, se dan en nuestro contexto aún cuando la situación en el plano del desarrollo sea de salvaje retroceso: menos bienestar, menos consumo, menos acceso social a bienes y servicios.

Precisamente aparece como un dato de la realidad el hecho de que no se desmienta lo posmoderno aún cuando en América Latina la modernidad porte con caracteres de heterogeneidad, hibridez, inconclusión. Por ello se habla de posmodernidad “no como una etapa totalmente distinta ni sustitutiva de la modernidad, sino como un desarrollo de tendencias modernas que se reelaboran en los conflictos multiculturales de la globalización”<sup>13</sup>; si América Latina es una articulación compleja de tradiciones y modernidades diversas, desiguales, donde coexisten múltiples lógicas de desarrollo, la perspectiva antievolucionista de la posmodernidad es útil y radical justamente para poder pensar esta heterogeneidad. Antes que hablar en términos de “etapa”, la cuestión modernidad/posmodernidad configuraría ya una problemática que es fruto del estallido de lo moderno y su mezcla con lo que no lo es o con lo que lo discute<sup>14</sup>.

A nivel de la cultura política, la importancia del ambiente ideológico-cultural internacional en las luchas políticas locales no ha sido nunca despreciable. Y ello no sólo por efecto de un “mestizaje”; tanto el marco externo como la dinámica interna de América Latina están condicionados por las categorías explicativas y por la lógica interna del capitalismo multinacional. De modo que tanto el carácter *sui generis* de la realidad latinoamericana, como las concepciones y prácticas políticas que elaboramos no pueden prescindir del debate político-ideológico que se da en los centros metropolitanos<sup>15</sup>.

Además, a nivel de las nuevas condiciones de la existencia social e individual, ganan fuerza, por una parte, otros modos de participación o identificación social, más relacionados con el consumo privado de bienes y de los medios masivos que con las reglas abstractas de la democracia o la participación colectiva en el espacio público; fenómeno relacionado con la creciente desmovilización y despoliti-

13 GARCÍA CANCLINI, Néstor. *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Grijalbo, México, 1996. p. 31n.

14 Cfr. GARCÍA CANCLINI, Néstor. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Grijalbo, México, 1990. p. 331 y ss.

15 Cfr. LECHNER, Norbert. “La democratización en el contexto de una cultura postmoderna”, en *Cultura política y democratización*. Norbert Lechner (comp.). CLACSO, FLACSO, ICI, Santiago de Chile, 1987. pp. 253-262.

zación ya que, siguiendo a García Canclini, "...nos sentimos convocados como consumidores aun cuando se nos interpele como ciudadanos". Esta extensión del carácter de cliente o consumidor en perjuicio del carácter de ciudadano, es correlativa de la tecnoburocratización de las decisiones y la uniformidad impuesta por las reglas de juego neoliberales en la economía. Ocurre que se reduce lo que está sujeto a opinión o debate en cuanto a la orientación de las sociedades; la creciente despoltización de la esfera pública va de la mano de una conversión técnica de la política en desmedro de su dimensión práctica (esto es, de su relación con opciones y decisiones entre fines y medios, valores, conflictividad social, etc.)<sup>16</sup>. Se trataría entonces de una extensión de la *modernización* pero en términos restringidos a la globalización, el consumismo, el espectáculo; notas características, también, de la posmodernización social que se viene dando en América Latina.

Ante esta escena cultural, nuevos desafíos interpelan a nuestras sociedades: identidades desterritorializadas y constituidas por las redes del consumo (ya no fijadas en repertorios de bienes étnicos o nacionales), indeterminación (o mejor inaccesibilidad o inaprehensibilidad) del espacio de la política, transnacionalización que no destruye las diferencias nacionales pero las convierte en desigualdades -por el modo en que el mercado organiza y concentra la producción y el consumo-.

Por otra parte, el sometimiento de la política misma a las reglas del comercio y la propaganda, del espectáculo y la corrupción, es el otro polo de la desustancialización político/jurídica de la sociedad civil; se trata de una vasta transformación de las relaciones entre lo público y lo privado, en la que el desarrollo de las nuevas tecnologías audiovisuales de la comunicación tienen un alto impacto, por cuanto han contribuido inequívocamente a este vaciamiento del desempeño de la ciudadanía<sup>17</sup>. Pero a su lado, coexisten otros fenómenos cuya presencia lleva a no absolutizar en torno a los medios; antes bien, es menester pensar la actual condición también desde la declinación de las naciones y las instituciones de ejercicio de lo público en beneficio de conglomerados empresariales de alcance transnacional.

16 Cfr. SARLO, Beatriz. "Estética y pospolítica. Un recorrido de Fujimori a la guerra del Golfo", en *Cultura y pospolítica. El debate sobre la modernidad en América Latina*, GARCÍA CANCLINI Néstor (comp.), CNCA, México, 1995, p. 309 y ss.

17 Cfr. FOLLARI, Roberto: "Reconversión de la política", en *Posmodernidad, filosofía y crisis política*, pp. 63 y ss., y SARLO, Beatriz: "Estética y política: la escena massmediática", en *Política y comunicación*. VVAA, SCHMUELER Héctor y MATA María Cristina (coordinadores), Catálogos (Univ. Nacional de Córdoba), Córdoba (Argentina), 1992; y el ya citado "Estética y pospolítica...".

Ahora bien, sin duda la posmodernidad ayudó a desmitificar el mesianismo de una cultura de la militancia, a instalar un ambiente en el cual fuese posible relativizar la centralidad del Estado y del partido y de la misma política; pero también incrementó una indeterminación de los límites de la política y el conflicto en torno de ellos. Acumula incertidumbres, que pesan como crecientes dudas sobre nuestro poder de disposición efectivo, de incidencia real, de control racional y concreto sobre los procesos sociales. Al cuestionar la construcción deliberada de la sociedad por sí misma no se cuestiona sólo a la democracia, se cuestiona toda la política moderna. El problema es que, a la retirada del voluntarismo militante, le sucede una perspectiva desde la cual la sociedad latinoamericana aparecería ya como demasiado compleja, demasiado entramada en un contexto internacional rígido, como para que pudieran introducirse cambios mayores. Como afirma Norbert Lechner, que esa imagen de improductividad surja de la cultura posmoderna no deja de ser una paradoja; justamente aquella cultura que desmonta el determinismo y se abre radicalmente a explorar el campo de lo posible, desemboca en una visión de lo existente como lo necesario. Esta heterogénea "posmodernización" de nuestras sociedades tiene relación, sin embargo, más con la modernización autoritaria por la que ellas han atravesado que con la condición epocal posmoderna misma.

Ahora bien, a una modernización restringida, una democratización para minorías, una renovación de las ideas pero con baja eficacia en los procesos sociales, tampoco se la puede explicar apelando al modelo metropolitano de modernización o a términos de retraso. La crítica a la teoría del desarrollo debe tener en cuenta que los países latinoamericanos son resultado de la sedimentación, yuxtaposición y entrecruzamiento de distintas tradiciones. Así, la heterogeneidad multitemporal de la cultura moderna latinoamericana es consecuencia de una historia en que la modernización operó pocas veces mediante la simple sustitución de lo tradicional. Hubo rupturas provocadas por el desarrollo industrial y la urbanización que, si bien ocurrieron después que en Europa, fueron más aceleradas (por ejemplo, tuvimos universidad laica y organizada democráticamente antes que en muchas sociedades europeas, fruto del movimiento reformista de 1918 en Argentina; sin embargo, la constitución de esos campos científicos y humanísticos autónomos se enfrentaba con el analfabetismo de la mitad de la población, y con estructuras económicas y hábitos políticos premodernos)<sup>18</sup>.

En síntesis, en más de un aspecto la modernización se ha cumplido, pero como una “pseudo-democratización” de la sociedad “desde arriba”, esto es, prescindiendo de la racionalización cultural que el concepto porta.

En efecto, en América Latina las relaciones entre modernización y democracia también echan luz sobre nuestra diferencial posmodernidad. La transición democrática en el subcontinente se cumple, como observa José Nun, absolutamente exenta del debate sobre principios que acabó en esa forma de gobierno en las transiciones europeas, donde, entre otras cosas, la democracia liberal fue la forma política por la cual el liberalismo se dotó de justificación democrática<sup>19</sup>. El problema en nuestro contexto es que tiende a naturalizarse esta relación, y se convierte al liberalismo como sinónimo de democracia a secas. En esta transposición es notable el papel unificador que juegan las agencias de financiamiento, las burocracias internacionales y los *mass media*. Incluso se ha invertido la secuencia con que se entendía la relación entre modernización y democracia: hace 30 o 40 años, la modernización aparecía como condición necesaria para la emergencia y consolidación del régimen democrático; hoy, la democracia liberal es condición para una modernización en la que el mercado tiene la palabra, evadiendo la justificación del sesgo concentrador y excluyente de la modernización económica en curso, y de la subordinación estatal a una autonomizada lógica del mercado. El resultado es una estrategia de acumulación que se hace mucho más costosa en términos sociales.

Esta naturalización de la economía de mercado y del liberalismo democrático, son justamente indisociables de las políticas públicas y de los modos de regulación que les dan su fisonomía propia en cada lugar. Por ello, no hay nada natural en aquella naturalización; y así es de señalarse el carácter también débilmente democrático de esta “democratización” ya que este proceso afecta también la índole de los regímenes de gobierno. Por ejemplo, se está suponiendo que las instituciones democráticas según esta tendencia “deberían” prosperar a despecho de condiciones de coacción económica, cuando millones de ciudadanos carecen de empleo, vivienda, nutrición, educación o esperanza en el futuro. Esto es, una pretendida consolidación democrática que cuenta con la difusión de disposiciones individualistas y falta de solidaridad, al tiempo que en lo político se define el tono de una vida social caracterizada cada vez más por la apatía y la escasa credibilidad.

19 NUN, José, en VVAA. *El impacto de la globalización. La encrucijada económica del siglo XXI*. Naúm Minsburg, Héctor W. Valle (eds.), Letra Buena, Buenos Aires, 1995.

Esto nos lleva a una ulterior problematización, que concierne a las relaciones entre esta nueva legitimación autoritaria del capitalismo, y la condición posmoderna en lo cultural.

## Modernización y posmodernidad

Como lo ha señalado Follari, en América Latina la dominación se legitima por vía democrática. “Doble y feliz imposición para el capitalismo: de una política económica, y de una ideología legitimadora”<sup>20</sup>, que arrasa con la autonomía de la política y reconfigura las identidades, al punto de colocarlas bajo un estatuto que sea funcional al proyecto hegemónico. No es, por lo tanto, arbitrario relacionar este triunfo neoliberal con el *pathos* socio-cultural de la posmodernidad. Sin embargo, es necesario establecer precisiones: lo posmoderno no es sinónimo de neoconservador<sup>21</sup>, sino que atraviesa las ideologías y las políticas, como pauta cultural global que resulta del aumento de la complejidad social, la primacía de los medios y la movilidad de los mensajes. El problema es que, en su articulación, efectivamente los rasgos posmodernos resultan funcionales a las políticas dominantes, y esto porque el Estado y el capitalismo no se “posmodernizan” (por el contrario, continúan con su rigurosa lógica del incremento del poder), mientras la sociedad civil se debilita por la crisis de lo proyectual y la apertura a la diferencia.

Así, se sigue hablando de democracia, reduciéndola al ejercicio electoral/parlamentario, no obstante la inexistencia de criterios de justicia económica y racionalidad distributiva. Esta paradójica posmodernidad (“celebración de las pluralidades en un mundo de discurso rotundamente unívoco”) en América Latina tiene como clave, según hemos visto, también un proceso de modernización en el que los presupuestos de la *modernidad* (universalismo, equidad, orientación hacia el futuro, confianza social, desarrollo de la educación, movilidad geográfica, urbanización, participación popular) no se han cumplido; una modernización unidimensional cuya única premisa ha sido su funcionalidad económica.

Los debates sobre la modernización en América Latina versan por lo tanto inequívocamente sobre los modelos de sociedad; por eso el peligro del discurso

20 FOLLARI, Roberto: “Dominación y legitimación democrática en América Latina”, en *Posmodernidad, Filosofía y crisis política*, pp. 76 y ss.

21 Esta es la tesis que sostiene en distintos lugares Jürgen HABERMAS; cfr. *El discurso filosófico de la modernidad (Doce lecciones)*. Taurus, Madrid, 1989, y también “Modernidad: un proyecto incompleto”, en *El debate modernidad posmodernidad*. Comp. y pról. por Nicolás Casullo. Puntosur, Buenos Aires, 1989.

modernizador: al tiempo que sustituye las políticas reaccionarias que desesperaban de la “contaminación democrática”, refuncionaliza la crítica moderna a la modernidad, en el marco de proyectos de desarrollo y eficientización capitalista. En salud y educación, las políticas modernizadoras son tanto una parcial mejora de la eficacia de las prácticas y aumento de la democratización interna, como una refuncionalización y relegitimación de las desigualdades estructurales debidas al sistema. De ahí que sea posible leer en la posmodernidad el refuerzo del poder inconsulto de quienes sí continúan preocupados por entender y manejar las grandes redes de objetos y sentidos: las multinacionales, los estados.

De esta constelación de elementos que surgen de una lectura de nuestra modernidad y posmodernidad, podemos extraer algunas conclusiones para el campo teórico, que determinan nuevos rumbos en el debate contemporáneo.

## Recuperaciones normativas

### I.

Todos estos autores que incorporan la cuestión modernidad/posmodernidad en sus análisis sobre las condiciones socioculturales en América Latina, coinciden en establecer una recomendación que proporciona una importante modelización de las consecuencias teóricas del fenómeno: de la caída de los metarrelatos no puede derivarse una desaparición de lo global como horizonte.

Esta prescripción no debe tomarse con reticencias; no es la expresión de una nostalgia por el sentido, el origen y el fundamento, ni una vuelta al formato moderno en lo teórico, sino que por el contrario, la entendemos como una legítima expresión de aquella necesidad de abandonar el *pathos* de descripción y fragmentación teórica que dominó la explosión de la cuestión posmoderna en sus inicios. La *inflexión* de la problemática sobre la posmodernidad comienza a producirse justamente a partir del abandono, primero, del talante especulativo y el intuicionismo estético prevalecientes en la bibliografía inicial. De ahí que estos estudios surjan como una necesidad de reducir el margen de distorsión que mantuvo esa literatura al estancarse alrededor de la construcción de posiciones ideales sin el apoyo de contrastación alguna.

En segundo lugar, el talante que presentan los estudios sobre América Latina consiste también en un no retroceder hacia la búsqueda de certezas perdidas; toma como algo *dado* la corrosión posmoderna sobre la metafísica de la seguridad y el dominio que portaba el expediente moderno, y avanza a partir de una cierta convicción sobre la justicia que tuvo ese momento de crítica negativa a la modernidad. Así, la cuestión del simulacro y la huella no es despejada de un terreno al que se

quiere volver a anclar a un fundamento; la necesidad heurística de volver sobre la cuestión de la totalidad se presenta precisamente en la asunción y la actitud de vigilancia con respecto al riesgo de distintos reenvíos al fundamento y la presencialidad metafísica, onto-teo-lógica, etc., que vienen de la mano de apelaciones al fragmento y la indecidibilidad. Que el carácter de nuestra reflexión se vea sujetado una y otra vez al terreno filosófico, quizás no posea otra funcionalidad que ésta de vigilancia y responsabilidad.

Al respecto cabría citar la respuesta de Lyotard ante la tentación de repetición y de ademán, de simple moda, que es necesario evitar para seguir pensando: "...entendido de esta manera, el «post-» de «posmoderno» no significa un movimiento de *come back*, de *flash back*, de *feed back*, es decir, de repetición, sino un proceso a manera de *ana-*, un proceso de análisis, de anámnesis, de anagogía y de anamorfosis, que elabora un «olvido inicial»<sup>22</sup>.

## II.

Habida cuenta de la irrupción, en la década actual, de fenómenos que desmienten el talante de "últimos hombres"<sup>23</sup> y fin de la historia, fin del énfasis y del conflicto, que se predicaban de la posmodernidad en los años ochenta, fenómenos ligados a la cuestión de la identidad -como la explosión de todo tipo de fundamentalismos, conflictos étnicos, etc.- tanto como de "no cierre" de las estructuras del capitalismo multinacional y la democracia liberal ligada a él, se puede decir que también en la teoría "la fiesta terminó". Hay una *implosión* en lo social y en lo individual que remiten, insistentemente, a formas de sujeción donde "el poder" como elemento percibido desde la impotencia práctica por las mayorías sociales, tiene cada vez mayor visibilidad.

De ahí que surja la necesidad de otra recuperación, paralela a la de la noción de globalidad: se trata de la cuestión del sujeto.

Habiendo desplazado el terreno gnoseológico como horizonte, se recupera lo subjetivo como constitutivo pero desde enfoques diferenciales, entre los cuales el

22 LYOTARD, Jean-François. *La posmodernidad (explicada a los niños)*. 4º ed. Gedisa, Barcelona, 1995. p.93.

23 Nos referimos a la figura nietzscheana del "último hombre", correspondiente al estadio del nihilismo consumado, pasivo, tal como figura en *Así hablaba Zaratustra*.

psicoanálisis (especialmente a partir de su modulación lacaniana) ha tenido un alto impacto; categorías socio-epistemológicas como lo ideológico y el *habitus*<sup>24</sup> tienen también, en este contexto, a afirmar el carácter de imaginario y constitutivo a la vez que poseen la dimensión subjetiva<sup>25</sup>. Al abandonar el punto de vista que pretende sintetizar la realidad social por medio del análisis del concepto de razón, se evade también todo regreso a un “racionalismo”<sup>26</sup>. Mucho más fructífera, en efecto, se presenta la consideración del tema en cuanto es articulada con la objetividad material de las prácticas que estructuran las relaciones sociales y los elementos del mundo simbólico.

Si, como afirma Bourdieu, entre el *ethos* y el *logos* la discontinuidad es radical<sup>27</sup>, no es posible ya subsumir toda la relación de la experiencia de los sujetos con el mundo social bajo el concepto de razón. Así, la subjetividad es el lugar imposible de aprehender bajo categorías ontológicas, porque no tiene “ser” más que en el lugar inestable de un corte, ya sea en el espacio libidinal tanto como en la estructura de “clases” (en sentido amplio, clases o cortes grupales como la familia, la profesión, la nación, el sexo, la titulación, etc.) cuya combinatoria infinita permite y da lugar a múltiples juegos y permanentes desplazamientos. Quizás la noción de sujeto no sea más que *la ocasión de un error* por la tentación del relato, y así constituye fragmentos de un mapa reconstruible al costo también de un recorte metodológico inmenso (tal es el caso, finalmente, de la noción de *habitus*, que muestra su más fructífera productividad en el reducido espacio para el que es construida, y por lo tanto es difícilmente transportable a otro campo a riesgo de impertinencia o de inocuidad.)

24 Noción con la que Pierre BOURDIEU reconstruye el proceso por el que lo social se interioriza en el individuo en la forma de disposiciones y sistemas de hábitos, logrando así esa especie de homología entre el orden social y las prácticas de los sujetos. Cfr. entre otras obras BOURDIEU, Pierre. *Campo del poder y campo intelectual*. Folios, Buenos Aires, 1983, o bien *La distinción*. Taurus, Madrid, 1988.

25 Incluso se vuelve, o se procura no prescindir, de las nociones de *ideología* y *alienación*, como por ejemplo en ROJAS María Cristina y STERNBACH Susana, *Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la posmodernidad*. Lugar, Buenos Aires, 1994; tales nociones son recuperadas pero en un contexto de lectura psicoanalítica de la cuestión subjetiva en la posmodernidad, y lejos del andamiaje discursivo moderno al que esas categorías remitían.

26 Recurso en el que finalmente cae J.HABERMAS, como lo establece R. FOLLARI. en “La restauración racionalista o el miedo a la intemperie”, en *Posmodernidad...*, op. cit., pp. 33 y ss.

27 BOURDIEU, Pierre. *La distinción*, ed. cit, pp. 471.

Hoy el *factum* de una economía, una producción y una cultura globalizadas en nuestras sociedades latinoamericanas, refuerza la percepción de una defensa de la subjetividad que es local, contingente, fragmentada y también más salvaje, ante los embates de una modernización autoritaria. Así, por un lado salen a la luz las luchas por el enclasmamiento y contra el desclasamiento que presenta la situación de miles de hombres y mujeres en el capitalismo avanzado (un ejemplo es la creciente percepción de riesgo de desaparición de la clase media; otro ejemplo la nueva carrera por la titulación y re-titulación para contrarrestar la super-oferta de mano de obra en el mercado laboral). Esta estructura no ontológica de la subjetividad, consiente no obstante que el elemento constitutivo no desaparezca, sino que se afirme en nuevas configuraciones ideológicas. Si como hemos visto, en América Latina la ciudadanización está siendo desplazada por una estructura de clientes/consumidores, y las identidades son cada vez más crecientemente objeto de un espectáculo multimedia, la abstracción "ciudadano sujeto de derechos" es desplazada por una abstracción aún mayor. Aunque la nueva configuración de las identidades venga mediada por elementos de la vida cotidiana (más presentes quizás que los referentes del "patrimonio nacional", como son los efectos de la producción industrial de la cultura de masas), no es menos cierto que esa configuración *es meramente mercado y nada más que mercado*. Y no obstante las consideraciones que se tengan respecto a las formas de apropiación cultural diferenciada, tanto el carácter de la comunicación tecnológica, como el consumo diferido y segmentado de bienes, operan con la consecuencia -y logran los resultados- de lo que es *omnímodo*. Así, en tanto que mercado, solamente puede ser codificado y descodificado en el horizonte de comprensión de un tipo de razón instrumentalizada que reduce y empobrece todo sentido referido a la propia vida cotidiana<sup>28</sup>.

Esta conclusión, que suponemos cercana a la corrosión que ha introducido el psicoanálisis en la consideración de lo subjetivo, no nos desentiende de la cuestión; todo lo contrario, al consistir su constitutividad en tal irrebabilidad, habilita formas más precavidas, menos soberbias de tratamiento de lo social, lo colectivo, como de lo individual. Justamente porque sostenemos que lo subjetivo es ya irreba-

28 Aún autores como Jesús MARTÍN-BARBERO, que impusieron una decidida revalorización de las mediaciones y articulaciones de la sociedad civil, los nuevos movimientos sociales y el momento de la recepción a propósito de los massmedia, señala que "En su sentido fuerte -transnacional- la acción de los medios se inserta en procesos de desvalorización y neutralización tanto de lo propio como de lo otro... Necesitamos rescatar el sentido actual de lo público de su pertinaz confusión con lo estatal pero también de la amenaza de su sustitución por el mercado". Cfr. "Notas sobre el tejido comunicativo de la democracia", en *Cultura y pospolítica*, VVAA, ed. cit. p. 325 y ss.

sable desde el *logos*, cuando se hace relato legitimatorio es ocasión de refuerzo ideológico; en cambio, se abre a posibilidades críticas cuando es asumido en su irremediable adhesión a las formas de domesticación/integración/rebasamiento de las estructuras estructurantes de las prácticas sociales. Ello permite también desarraigar el prejuicio de que la diferenciación cultural sea inevitablemente alienante y reificante; por el contrario, puede resultar en el estallido del sentido hacia formas más vivibles de significatividad.

De ahí la importancia de abandonar el talante rupturista que desde lo gnoseológico auguraba la muerte del sujeto; como hemos afirmado antes, nombrar la diferencia (o la *différance*) no aplaca la *cuestión de la diferencia*, el problema que plantea el carácter escindido, doble, ahuecado, de toda construcción y representación.

Un nuevo perfil de la filosofía se plantea a partir de estas consideraciones. Se parte de un derrotero agónico hacia una recuperación del ejercicio crítico, pensante, pero no en el plano edificante que le reserva la hermenéutica (al estilo de Vattimo o Gadamer), sino en la mixtificación que implica sostener una perspectiva materialista<sup>29</sup> de los procesos de construcción del sentido (por ello también un verdadero final de la metafísica implica que la filosofía persista en su carácter de control epistémico sobre el avance de la “tecnociencia”: esto es, la filosofía denunciando la metafísica que -como ciego dominio o como imposición técnica- permea lo cognitivo al interior de la ciencia misma).

De ahí que en adelante lo filosófico también se defina cada vez más a través de “gestos” que perfilan *estrategias perspectivistas*. Volviendo a la escena filosófica metropolitana, la apelación a Marx por Derrida, la apelación a la ontología y la religión por Vattimo, a la construcción de disensos consensuados por Rorty o de “islotos lingüísticos” por Lyotard<sup>30</sup>, y aún su retención en el terreno estético, mediático, etc., pueden ser puestos de relieve más como actos “políticos” que como

29 En el sentido de una paradójica puesta en común de diferentes perspectivas; por una parte, remitiéndonos a las condiciones de la existencia tal como lo preconizó Heidegger, pero también pretendiendo una remisión a lo empírico, tal como Bourdieu o Lacan plantean la exigencia de atenerse a las (en cada caso diferentes) prácticas.

30 Aludimos a lo que hemos podido seguir de obras más recientes de estos filósofos, en las que se da cuenta de una necesidad de “positividad” a ser llenada mediante diversos expedientes; por una parte, Jaques DERRIDA publica en 1993 *Espectros de Marx* (Trotta, Madrid, 1995); VATTIMO en 1996 anuncia su retorno a la religión católica e incluso pretende se reinterprete su noción de “pensamiento débil” en estos términos (*Creer que se cree*, Paidós, Barcelona, 1996).; LYOTARD publica en una recopilación de artículos su polémica con RORTY, a la que denomina “el debate americano” (Cfr. “Un extraño compañero” en *Moralidades posmodernas*. Tecnos, Madrid, 1996, pp. 89-104).

contenidos estrictamente conceptuales, discursivos. Esa recuperación del sentido es lo que en el fondo pende como una deuda en la polémica sobre la posmodernidad: en efecto, nos aproxima a una "toma del sentido" más cercana a lo que Nietzsche preconizó con la noción de voluntad de poder; ello sin ceder un ápice en el carácter reflexivo, epistémico, de la lógica del campo filosófico. En esta tensión, entendemos, la filosofía sigue teniendo una justificación: por una parte, el abandono de vías híbridas de asunción de modas culturales o literarias, y por la otra, la fijación alrededor de la relación ser-pensar, esto es, no abandonar la pretensión de aprehender el carácter de nuestra contemporaneidad. Y ello no se plantea como una defensa de la autonomía del campo; la tarea es más una apuesta y un riesgo en la convicción de una necesidad tan poco funcional, que está más bien presta a desaparecer.